

para dilatar la penitencia. Seria esta mayor locura que la de aquellos, que fiados en la sabiduría y amor de su médico, difirieran hasta el último instante de su vida tomar los remedios que les prescribiera. Dios omnipotente y misericordioso puede y quiere resucitaros á la vida de la gracia; pero quiere que coopereis á sus auxilios con las obras y afectos del corazon. Quisiera que ya fueran estos tan fervorosos, que los que entrasteis en este templo muertos con Lázaro, salierais vivos con Jesu-Christo. Seria este un favor tanto mas excesivo que el que hizo en este dia el Señor á su amigo Lázaro, quanto es mas apreciable la vida del alma que la del cuerpo. Aloménos pues, quisiera, que salierais con una firme resolucion de mudar de vida y de costumbres; y que allá en vuestro retiro, teniendo lástima de vuestra miseria, con lágrimas y gemidos implorarais la divina Misericordia. Desde ahora humillaos, confundios, confesando no ser dignos de estar en la presencia del Señor ofendido y justamente irritado; pero habiendo venido su Magestad al mundo no á resucitar muertos, sino á justificar pecadores, esperad que se cumpla en vosotros el designio de su venida, admitiéndoo á su gracia por medio de la penitencia. Penitencia, Señor, penitencia: Misericordia, Dios mio, misericordia &c.

## DE LA FERIA SEXTA DESPUES DE CENIZA.

*Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros & benefacite his, qui oderunt vos. Math. 5.*

**E**stas palabras, que acabo de proferir, Excellentísimo Señor, pronunció la Magestad de Christo en aquel célebre sermon, que predicó en un monte de Galilea, y puede con toda propiedad llamarse el Código Christiano, ó segun la expresion de san Agustin, el epitome, ó compendio de toda la Ley Evangélica. Porque á la verdad en aquel sermon se contienen los mandamientos del decálogo, ó de la ley natural, que Christo Señor nuestro quiso entónces renovar, ó promulgar de nuevo; ya para que se entendiese, que no venia, como el mismo dixo, á abolir la ley que su eterno Padre dió á Moyses escrita en dos tablas, sino que al contrario venia á cumplirla, y confirmarla: ya porque habia una extrema necesidad de que el Hijo del mismo Dios hecho hombre la promulgara, y la explicara en atencion á que muchos Judíos notoriamente quebrantaban algunos de sus preceptos, y otros muchos en lugar de ajustar su sentido á la mente del Legislador, le torcian con siniestras interpretaciones hácia la parte que mas favorecia sus pasiones. Sirve de exemplo y de prueba el precepto del amor, que los escribas y fariseos reducian á solos los amigos, dando por lícito el odio de los enemigos. Sin mas premisa, ó an-

(\* Predicado en la Capilla del Capitan General de Valencia en donde asiste la Audiencia, dia 26 de Febrero de 1762.

antecedente que el que Dios en el Levítico dixo: amarás á tus amigos; inferian: luego podemos, y aun debemos aborrecer á nuestros enemigos. ¿Puede darse jurisprudencia, ni lógica mas maldita?

2 Al modo pues, que los reyes quando advierten, que se quebrantan por lo comun, ó siniestramente se interpretan sus leyes, las promulgan de nuevo, y declaran qual debe ser su inteligencia, así Jesu-Christo, rey, y Legislador nuestro, segun le llamó Isaías, viendo que se quebrantaban, y se interpretaban siniestramente los sagrados inviolables preceptos del decálogo, los promulgó, y los explicó en aquel sermón del monte. ¡Y qué bien desempeñó el oficio de legislador. ¡Que puntual genuina exposicion nos dió de toda la ley natural! ¡Conque evidencia descubrió los sofismas, con que los escribas y fariseos pretendian eludir la fuerza de la ley, y eximirse de su observancia! ¡Conque claridad y energia nos hizo ver que el precepto del amor de Dios, y de los hombres es el alma, y el espíritu de nuestra santa ley! ¡Conque buen método, con que destreza distribuyó, y enlazó las partes de aquel sermón, para que lo que nos aconseja, y manda en una, nos induzca, y facilite la observancia de lo que nos manda en otra; ordenando los preceptos, y consejos de modo que como otras tantas lineas vayan á parar al centro del máximo precepto del amor, ó caridad!

3 Para convenceros de esta verdad, bastará, señores, que leáis el Sermón, de que os hablo. Porque en él no solo veréis, que Christo Señor nuestro claramente dixo á los judíos, y nos dice á todos los christianos, que nuestro amor á los hombres debe ser universal, sin excepcion de personas, de amigos, ni de enemigos: *Diligite inimicos vestros*, sino que tambien veréis, que se vale de las razones y medios mas eficaces para inducirnos al cumplimiento del precepto que nos im-

<sup>1</sup> Lev. 19. v. 18.

pone. Conoce el Señor, que es muy difícil reducirnos á amar á los que nos aborrecen, y para movernos á superar esta dificultad, que hallamos en nuestro corazón, primeramente nos estimula con el premio mas honroso, prometiéndonos, que si amamos á nuestros enemigos, seremos hijos, y semejantes al Padre celestial que indistinctamente favorece á los que le sirven, y á los que le ofenden. Luego despues el Señor nos reconviene con la obligacion que á fuer de Christianos, ó discípulos suyos tenemos de distinguarnos de los que no lo son, publicanos, y gentiles, diciendo: si solamente amais á los que os aman; ¿qué mas haceis, que lo que hacen los publicanos y gentiles? sois lo mismo que ellos, no sois verdaderos discípulos míos, sino amais á los que os aborrecen.

4 Pues á mas de esto que acabo de decir, si bien se mira, todo quanto dice nuestro Divino Maestro en su sermón, se dirige al fin de infundir en nuestros corazones un amor universal perfecto de todos los hombres, que se extienda hasta nuestros enemigos. Porque dexando á parte la consideracion, y explicacion de las demas cláusulas de aquel largo sermón, reparad, señores, os ruego, que la Magestad de Christo le empieza declarando felices, y bienaventurados á los pobres de espíritu, y á los mansos de corazón: *Beati pauperes spiritu . . . Beati mites*, para darnos á entender con esto, quanto desea el Señor, y quanto nos importa tener las virtudes de la mansedumbre, y de la clemencia, que opuestas á la ira, y á la crueldad, son la mejor disposicion para que amemos á los que nos aborrecen, y perdonemos á los que nos injurian. Yo tengo muy presente, que otras veces en este sagrado púlpito expuse algunas razones que demuestran la estrecha obligacion que tenemos de amar á los que nos aborrecen. Y aunque pudiera alegar otras razones, quizá no ménos eficaces; con todo me ha parecido hablaros esta mañana de la mansedumbre, y clemencia, con la

Tom. II. Aaa segu-

seguridad de que, si logro, que exercitándoos en estas virtudes desarraygueis de vuestro corazon la ira y la crueldad, no tendréis la menor dificultad en cumplir con el precepto del amor, y perdon de vuestros enemigos.

5 **A**l vez, Excelentísimo Señor, pensarán algunos, que es ageno de este lugar, el asunto, que me he propuesto de exhortaros á la mansedumbre, y clemencia, creyendo, que el alto ministerio que os obliga á exercer la justicia vindicativa no os permite exercitaros en aquellas virtudes. Pero los que así piensan están muy mal instruidos en la filosofia moral, que nos enseña como un primer principio, que todas las virtudes morales están entre sí tan conexas, que nadie puede tener una en estado perfecto, sin que las tenga todas. Y aun aquellas que á primera vista aparecen mas opuestas, son las que están mas unidas, y las que mas se ayudan para mantenerse en el estado de virtudes. Por exemplo, la vindicativa no puede ser justicia y virtud, sino va acompañada de la mansedumbre y clemencia.

Oid, como define estas tres virtudes el angélico doctor santo Tomas <sup>1</sup>. La justicia vindicativa, dice, es una virtud con que el que tiene legítima autoridad, venga, ó castiga los delitos, imponiendo las penas debidas, y que mas conducen al bien del delinquente y del público. La mansedumbre, dice, es una virtud que refrena la ira, desordenado deseo de la venganza. Y la clemencia, es una blandura del ánimo del superior, que le inclina á mitigar las penas. Mucho mas, y al intento, pudiera deciros con el mismo angélico Doctor acerca de estas tres virtudes; y me parece, señores, que

<sup>1</sup> S. Th. 2. 2. qq. 108. & 157.

que no perderéis el tiempo que empleeis en leer los artículos, en que el Santo trata de ellas. Pero tambien me parece que las definiciones de la justicia vindicativa, mansedumbre, y clemencia que haveis oido, bastantemente demuestran que estas virtudes están íntimamente entre sí unidas, y que todas tres igualmente se oponen con los vicios de la ira, y de la crueldad. De donde proviene, que los hombres mansos, y clementes son los mejores ministros de justicia, y al contrario los iracundos y crueles no pueden dexar de ser ministros de injusticias, monstruos que desnudos de los afectos de humanidad, son enemigos del género humano.

6 Yo, señores, reconociéndoos adornados de la mansedumbre y clemencia, por el grande amor que tengo á mi patria, doy muchas gracias á Dios, de que su divina providencia os haya destinado para exercer en ella la justicia. Y por lo mismo comprehendo, que me oiréis con gusto, y os fortaleceréis mas en el propósito de tratar á todos con mansedumbre y clemencia, oyendo, que la Magestad de Christo en el sermon del monte llama á estas virtudes bienaventuranças; mas sin que de aí inferais que en ellas ú en otras virtudes consiste la verdadera bienaventurança. Fuera esto buscar en la tierra el sumo bien, que solamente se halla en el cielo, fuera caer en el error de los Estóycos, confundir los medios con el fin, y engañarse como se engañaron aquellos, que pusieron la felicidad de un labrador en el cultivo de los campos, que es el medio de que se vale para conseguir el fin de una abundante cosecha de frutos, que le hace feliz en su esfera.

7 Llama, pues, el Señor, segun interpretan los santos Padres, bienaventurança á la mansedumbre y clemencia: así porque son disposicion y mérito para alcanzar la eterna bienaventurança; como porque son la mejor participacion de la perfecta tranquilidad, que acarrea la bienaventurança, no pudiendo negarse,

que la mansedumbre y clemencia son las virtudes que mas tranquilizan el animo, así como la ira, y la crueldad son los vicios que mas le perturban. Poned la vista en un hombre ayrado, y veréis que se le muda el color, se le inflaman los ojos, rechinan sus dientes, echa espuma por la boca, todo su cuerpo tiembla, y con patadas y gritos alborota la casa y todo el barrio. Y de estas funestas señales exteriores, sacad por legitima conseqüencia, que no solo palpita el corazon del iracundo, sino que allá dentro de su ánimo se levantó una borrasca mas furiosa que la que aparece en su cuerpo. Todo lo contrario se experimenta en un hombre manso, y clemente: fixad en él la vista, y observaréis su rostro apacible, sus ojos serenos, sus palabras dulces, su corazon tranquilo, aun quando mas le ultrajan y le insultan. Hecho el primer mártir, á quien imitaron en la mansedumbre, y clemencia los demas mártires: hecho, quiero decir san Estévan, el blanco de las iras, y de las piedras que le arrojaban los Judíos, mostró, segun dice san Lucas, un semblante de ángel, y bien léxos de enojarse con sus enemigos, les perdonó, y rogó á Dios por ellos; haciéndose un espectáculo digno de los ojos de los hombres, de los ángeles, y del mismo Jesu-Christo, quien segun se explica el Evangelista, abrió los cielos, y se levantó para aplaudir este prodigio de la mansedumbre y clemencia de san Estévan.

8 Es, pues, señores, admirable la virtud de la mansedumbre y clemencia, que no solo nos hace merecer la eterna bienaventuranza, sino que del modo que cabe, nos hace semejantes á los bienaventurados, infundiendo en nuestros ánimos la tranquilidad, que es el mayor bien que podemos conseguir en la tierra. Así vemos que los mas ricos y poderosos por mediano juicio que tengan, y por poca reflexion que hagan, envidian la suerté de aquellos pobres que viven contentos y tranquilos en su estado, pero no obstante

este

este conocimiento por lo comun no procuran aplicar los medios de la mansedumbre y clemencia, para alcanzar la tranquilidad que apetecen, y no pueden lograr con todas sus riquezas, honras y deleites. Unos dicen, que perderian el honor que deben á su nacimiento, ó á su fortuna, y se degradarian, ó se desacreditarian en el mundo, si perdonaran, y trataran con mansedumbre y clemencia á los que les injurian. ¡Que necios! ¿Ignoran, que el mundo, aunque iniquo hace la justicia de preferir la benignidad y la clemencia, á la crueldad y á la venganza? ¿Ignoran que la clemencia es una virtud nobilissima propia de los reyes, con la qual, segun declara Salomon, se adorna y fortalece su Real trono, mejor que con la tropa de soldados y cortesanos que le circuyen? Otros dicen que sufrir y perdonar con clemencia las injurias queda para los santos, y que ellos no son santos. ¡Que error! ¡Que impiedad! ¿Que es ser santos? ¿Es acaso hacer milagros? ¿No es lo mismo que ser virtuosos? ¿Y Dios no nos manda á todos, que seamos santos, y virtuosos? Por otra parte los gentiles sin ser santos, sin las luces de la fe conociéron la obligacion que tenian de ser mansos y clementes.

9 Séneca fué gentil, y escribió un precioso libro en que trata largamente de la clemencia, y nos da las mejores reglas para exercitarla. Pero, como el mismo dixo, que las virtudes mas breve y fácilmente se aprenden con los exemplos, que con los preceptos, omitiendo muchos, os propondré dos exemplos de la clemencia de dos gentiles, los mayores hombres que tuvo Roma. Sea el primero Julio César, quien perdonó con tan heróica clemencia á sus enemigos, que Ciceron, uno de ellos, se excedió á sí mismo en su elogio; haciendo ver, que si bien eran superiores á toda alabanza, las hazañas militares con que César havia conquistado el mundo, eran inferiores á las que hacia perdonando á sus enemigos, admitiéndolos á su amistad,

<sup>1</sup> Prov. xx.

y elevándolos á los primeros empleos de la república. Porque, decia Ciceron, en aquellas proezas, César, tuviéron gran parte tus soldados y tu fortuna; mas en estas no tienes que partir con nadie. Toda la victoria es tuya. Tu solo contienes los ímpetus de tu enojo, desarmas tu ira, dominas tu ánimo, te vences á tí propio, con una gloria tanto mayor, quanto tu eres mas valeroso que todos los enemigos que venciste en las campañas; y con tal admiracion mia que no hallando en la tierra hombres con quienes compararte, te juzgo muy semejante al mismo Dios. Siga á Julio César su sobrino y sucesor en el imperio Octaviano Augusto, de quien leemos, que quando se sentia mas ofendido, y enojado, se detenia sin hablar palabra, hasta despues de haver pronunciado las veinte y quatro letras del alfabeto. Y quando los áulicos chismosos le contaban que los romanos murmuraban de su gobierno, y de su persona, respondia que los principes de ánimo excelso debian ser superiores á los dictérios; añadiendo que en una ciudad libre no esclava, era justo que los hombres siquiera pudiesen hablar con libertad.

10 Pues si así pensaban, y obraban unos hombres gentiles, y tan poderosos, que en su comparacion son régulos los mayores monarcas del mundo; ¿ como hay christiano que se atreve á pensar, y obrar de otro modo? Acaso la religion christiana da preceptos, y exemplos de ira y crueldad? No, no por cierto. Todas sus maximas respiran mansedumbre y clemencia, debiendo ser estas virtudes el carácter, y la divisa de los verdaderos christianos. Y por la misericordia de Dios hallamos dentro de la iglesia dos Emperadores, que iguales en el poder, y en la gloria á aquellos dos Césares, lo fuéron tambien en la mansedumbre, y en la clemencia. Pues el gran Constantino noticioso de que sus vasallos, habian cometido la insolencia de apedrear,

<sup>1</sup> Clem. Alex. lib. 5. strom. apud Alap. hic.

pedrear, y romper una estatua suya, y provocado al castigo por sus ministros, se pasó la mano por su cara, y sonriendo dixo: no me siento herido. Y el gran Teodosio en otro caso muy semejante á este, dió iguales, ó mayores pruebas de su heróyca clemencia, perdonando á los Antioquenos, que amotinados por la exacción de un tributo, derribáron su estatua, la de la Emperatriz, y las de sus hijos, y las arrastráron por las plazas, y calles de la ciudad. Creyeráis, señores, que el Emperador havia de acabar con Antioquia: á la verdad el delito fué el mas enorme; pero fué mayor la clemencia de Teodosio: quien viendo las lágrimas, y oyendo las humildes palabras del santo obispo Flaviano, que fué á Constantinopla á interceder por su pueblo, inmediatamente se enterneció, y entre lágrimas y sollozos le dixo: ¿ Qué te afliges! ¿ Como? ¿ Habiendo Jesu-Christo, Dios verdadero, perdonado á los hombres que le crucificáron, yo he de tener la menor dificultad en perdonar á mis vasallos, yo que soy hombre mortal como ellos, y siervo del mismo Señor? No. Yo los perdono. Y abrazando al santo obispo que le daba las debidas gracias, vé Padre mio, le dijo, no te detengas, vé corriendo á dar á tu pueblo con la noticia de mi perdon, el consuelo que aguarda con la mayor ansia y zozobra. Ruega á Dios, que bendiga mis armas, para que quanto ántes concluida la guerra, pueda yo mismo ir á consolar á Antioquia.

II Enternece, señores, arrebatada, y edifica la relacion ó descripcion, que de este suceso hace, como testigo de vista, el eloqüentísimo Padre de la Iglesia, san Juan Chrisóstomo. Y comprehendo, que este y los demas exemplos que haveis oído, bastan á persuadir, que la mansedumbre y clemencia, bien léxos de estar reñidas, están muy hermanadas con el poder, y la magestad de los Príncipes verdaderamente grandes. Mas para que no penseis que en el pueblo de Israel faltáron estos exemplos, y que sus héroes no fuéron,

como en el gentil, y en el christiano, los mas mansos y clementes, os acordaré que Moyses y David, habiendo sido sin competencia, como sabéis, los dos mas esclarecidos caudillos de aquel pueblo, fueron los que mas se exercitaron, y se distinguieron en la mansedumbre y clemencia. Así lo asegura el Espíritu Santo, y os haria presentes muchas de sus acciones, que demuestran esta verdad, á no temer, que dilatándome demasiado abusaria de vuestra clemencia, y á no advertir ahora, que he cometido el yerro, que cometen aquellos que se detienen á mirar un retrato á vista de su original.

12. Pues en verdad todos los hombres mansos y clementes son retratos ó copias, y copias imperfectas de Jesu-Christo, original de la mansedumbre y clemencia. De todas las virtudes es el Señor original: todas son en su Magestad infinitamente perfectas; pero sobre todas resplandecieron la mansedumbre, la clemencia, y sus compañeras inseparables la humildad y misericordia. Porque así lo quiso el Señor, y así convenia al alto designio, con que vino al mundo no para ser temido, sino para ser amado y adorado de los hombres. Con este fin se dignó tomar el nombre de manso, cordero, y compararse con la mansa oveja, que balando va al matadero. Y si el profeta Zacarias vaticinó que vendria como rey; para precaver el miedo que pudiera causarnos este nombre, añadió, que venia manso, y para nuestro bien. *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.*

13. Veis aí, decia el profeta, veis aí, que viene vuestro rey manso para vuestro provecho. Y yo diré, que viene á enseñarnos mansedumbre y clemencia. Para que aprendamos las demás virtudes, nos envia á otros maestros: para que aprendamos á ser cándidos á las palomas, para que aprendamos á ser prudentes á las culebras, para que aprendamos á ser pródigos á las hormigas; mas el magisterio de la man-

mansedumbre y humildad de corazon, se lo reserva para sí: de mí, dice, no de otro, de mí habeis de aprender á ser mansos y humildes de corazon: *Discite á me, quia mitis sum & humilis corde.* Y pues abre el Señor una escuela de estas virtudes; todos los christianos debemos entrar en ella; siendo esta una escuela de medicina para curar los males de nuestro corazon, y principalmente la ira y la crueldad, debemos registrarle, hacer de él anatomía. ¡Felices, si hallais vuestro corazon blando, suave, tranquilo, propenso á la piedad! Sois muy semejantes á los bienaventurados, y á Jesu-Christo, cuyo corazon derrama dulzuras, y bondades. ¡Mas infelices, si descubris vuestro corazon duro, áspero, inclinado al rigor! ¡Malas señas! sois semejantes á los Faraones, y á los Heródes. ¡Que necesidad teneis, y tenemos todos de entrar en la escuela del Señor para aprovecharnos de su doctrina y de su exemplo! Entremos todos, hermanos y condiscipulos míos, en la escuela de nuestro divino Maestro. Oygamos lo que nos dice, meditemos lo que hace: nos dice, nos manda, que perdonemos á nuestros enemigos; y lo mismo que nos dice que hagamos, hace con nosotros sufriendo con mansedumbre, y perdonando con clemencia las atroces injurias que le hacemos. Ya oimos, amabilísimo Jesus, lo que nos decís, ya vemos lo que haceis; pero como para obedeceros, y imitaros, Dios mio, no basta vuestra doctrina, ni vuestro exemplo, es necesaria vuestra gracia, que ablande nuestro corazon, y le limpie de los afectos depravados; postrados á vuestros pies os rogamos, que nos dispenseis una gracia que suavize, y purifique nuestro corazon; y aun mas os pedimos con el real Profeta, una gracia que aniquile nuestro viejo corazon, y crie otro nuevo, todo vuestro, enamorado de vos, y de los hombres, para que amándoos, y amando á nuestros próximos en esta vida, consigamos la dicha